

MAR VAQUERIZO

*Todo lo
que deseas*



Todo lo que desees

Mar Vaquerizo

Esencia/Planeta

© Mar Vaquerizo, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-08-13663-7
Depósito legal: B. 283-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Abril de 2014

Era domingo. ¿Y qué? Como si era martes. No había días libres ni vacaciones si quería ganar dinero y mantener el ritmo de vida que necesitaba.

Alex se levantó a las dos de la tarde. Para él eso era madrugar y mucho. Se había acostado a las nueve de la mañana y ni siquiera había dormido las ocho horas reglamentarias. Tenía una cita a las tres y si no se daba prisa llegaría tarde.

Encendió el iPod a todo volumen, abrió el grifo de la ducha y se metió en ella sin esperar a que saliera el agua caliente.

Comenzó a cantar la canción de Ne-yo en cuanto oyó su melodía. Esbozó una sonrisa llena de añoranza al pensar cómo lo reprendería su abuela si lo viese con la música tan alta y haciendo el tonto. A falta de una familia convencional, ella lo cuidó como si fuese su hijo, hasta que su cuerpo no pudo más. Hacía mucho tiempo de aquello, demasiado tal vez... pero lo recordaba como si fuera ayer.

Se enjabonó deprisa, sin perder el ritmo de *Let Me Love You*, intentando no detenerse mucho en los recuerdos; estaba entrenado para ello. Se enjuagó, cerró el agua y salió sin utilizar el hidromasaje como hacía habitualmente.

Bailando la coreografía que había visto mil veces en la MTV, fue hasta la habitación desnudo y sin secarse. Entró en el vestidor y, sin parar de bailar, fue sacando la ropa que iba a ponerse. ¿Alguna vez encontraría a una mujer a la que decirle lo que Ne-Yo contaba en la canción? A ese paso, con tanto vivido y dedicándose a lo que se dedicaba, seguramente no.

Se puso a toda prisa la ropa interior y los pantalones vaqueros negros, que le quedaban como un guante, la camiseta blanca, que resaltaba su piel bronceada y unas zapatillas deportivas impecables.

Era una comida informal, según indicaba el mensaje. Tenía licencia por tanto para dejar el traje colgado en el armario y lo agradeció. Por fin había encontrado una mujer que deseaba una cita normal. Se peinó con un poco de fijador ligero, colocando su pelo castaño claro, casi rubio, como le gustaba y guiñó un ojo verde esmeralda al espejo. No estaba mal para no haber dormido.

Ejecutó los pasos finales de la coreografía mientras cogía su cartera, las llaves del Maserati y la cazadora de cuero negra. Se podía haber dedicado al baile si hubiese querido. Todas las mujeres le decían que tenía un don para ello, pero con eso no ganaría lo suficiente, era demasiado fácil y tampoco era su vocación.

Aunque, pensándolo bien... quizá no pudiera dedicarse nunca más a su vocación. Eso le partía el alma.

Llegó al parking del restaurante en el centro, entregó las llaves y entró con paso seguro.

No le gustaba llegar antes que ellas, pero habitualmente era así, porque para la mayoría de las mujeres la puntualidad no es una virtud.

Se sorprendió cuando el maître le anunció que lo estaban esperando. Al parecer, la excepción confirmaba la regla.

Una mujer estaba sentada a la única mesa ocupada de todo el comedor. ¡Y vaya sorpresa! Normalmente eran de mediana edad o, si eran jóvenes, no solían ser muy agradecidas... Pero ella no encajaba en ninguno de los estereotipos. Era morena, guapa y lo miraba con mucha seguridad. Por un segundo pensó que el inseguro era él.

—¿Señora Ruiz? —preguntó, para cerciorarse de que era con quien había concertado la cita.

Salma se levantó de inmediato para saludarlo. Sabía que era guapo, ya lo había visto antes... muchas veces, en las que había sentido una atracción creciente hacia él, pero no esperaba que la impactara tanto tenerlo cerca. Aquel hombre desprendía sensualidad por todos los poros de su piel.

—Axel, ¿verdad? —dijo ella con el corazón desbocado, aunque sin dar muestras de ello, mirándolo a los ojos en todo momento.

Alex afirmó con un movimiento de cabeza. No le gustaba utilizar su nombre verdadero con las clientas, pero tampoco quería uno con el que no se reconociera. Así que decidió jugar con el suyo cambiando un poco las letras.

Alex en su vida privada.

Axel para trabajar.

Analizó a la mujer sutilmente. No sólo era joven y guapa, también tenía un cuerpo de infarto que ya lo estaba poniendo malo nada más verla. ¿Por qué lo había llamado? Nunca había conocido a una mujer como ella que lo necesitara.

—Siéntese, por favor —le pidió con la caballerosidad que lo caracterizaba siempre sin excepción.

Ambos tomaron asiento sin apartar los ojos el uno del otro. Todo resultaba extraño, como si ninguno de los dos debiese estar allí.

Alex esbozó una sonrisa de las que causan paradas cardíacas en las mujeres y, mirando a ambos lados para comprobar que nadie los escuchaba, se acercó a ella inclinándose un poco.

—¿Está segura de que es la señora Ruiz? —susurró, aún sin creer su suerte.

Salma respiró hondo, indecisa sobre si confirmárselo como debía o salir corriendo antes de que fuese demasiado tarde. Aquel hombre era un condenado demonio de sensualidad y, sin conocerlo, sólo por su físico, su tono de voz y su olor, ya podía hacer con ella lo que le diera la gana.

No era buena señal.

Finalmente, asintió para ganar tiempo y tranquilizarse.

—Perdone que haya insistido, pero... no esperaba encontrarme con alguien así —intentó aclarar Alex, recostándose en la silla.

Esa afirmación hizo que Salma se pusiera alerta. ¿Él también estaba sorprendido? Ya suponía que no daba el perfil habitual de sus «clientas» pero ¿hasta ese punto?

—¿Alguien como qué? ¿Qué soy? —preguntó, divertida por lo que él pudiera contestar.

Alex tragó saliva disimuladamente. Aquella mujer no se iba a

quedar conforme con cualquier respuesta, ella no era de ese estilo, se veía a la legua. Tenía que esmerarse y ser sincero.

—Alguien tan apreciablemente guapa y joven no es lo habitual.

—¿Nunca? —insistió extrañada. Seguro que alguna había.

Él negó con la cabeza muy despacio, con un movimiento tan sexy que Salma no supo qué decir.

Se quedaron en silencio unos minutos. No era incómodo, pero sí extraño. Alex intentaba pensar qué le habría pasado a ese adorable bombón que tenía delante para acudir a él, mientras Salma esperaba que los nervios no le jugaran una mala pasada y ser capaz de realizar el trabajo que debía. Sabía que él era espectacular, pero no que fuese el hombre que les pediría a los Reyes Magos.

Comieron tranquilos, sin hablar mucho, observándose en cada movimiento.

Ella era consciente de que se iba a meter en problemas, pero ya no había marcha atrás. Era su única oportunidad. Se lo jugaba todo a una sola carta. En otras circunstancias lo habría planeado mejor, pero no había tiempo.

Alex, por su parte, aún estaba escéptico. Seguramente aquella belleza quería hablar en nombre de otra persona y sólo era un mero correo. ¿Para su hermana? ¿Alguna amiga? ¿Su propia madre? No sería la primera vez que lo regalaban por un cumpleaños. Las mujeres tienen mucha imaginación. A veces pueden ser incluso demasiado creativas.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, tuteándola, porque ya no aguantaba más su curiosidad.

Salma lo miró dudosa de si contestar la verdad. ¿Por qué no? Ya estaba allí, lo tenía delante y el juego comenzaba.

—Treinta y dos. ¿Y tú? —Podían jugar los dos.

Alex enarcó una ceja ante el cambio de actitud. Algo le decía que cuando aquella mujer se relajase sería una bomba.

—Treinta y cuatro.

No eran muchos, aún era joven, pero no los aparentaba. Había que ver a muchos de su misma edad lo echados a perder que estaban.

Incluso parecían tener diez años más en algunos casos. Estaba fantástico.

Salma le hizo un gesto al camarero para pedir la cuenta. Aquel sitio la estaba agobiando, quería salir de allí.

—¿No es extraño que nadie más haya comido en el restaurante? —preguntó él intrigado, mirando las mesas vacías que los rodeaban.

Había querido comentarlo desde el principio, porque conocía el lugar y normalmente siempre estaba lleno, pero se había contenido. No veía ningún peligro acechando.

Salma firmó la cuenta de tres mil euros y levantó la vista con seguridad.

—No. Lo he alquilado sólo para nosotros.

¡Vaya! Alex esbozó una sonrisa juguetona. Aquella mujer apuntaba alto, muy alto.

No podía defraudarla. Debía estar a su nivel.

Alex pidió su coche. Al parecer, ella había llegado en taxi.

Sólo eran las cinco y cuarto. No sabía adónde querría ir ni qué harían, pero lo que era seguro es que lo harían juntos.

Observó su cara cuando vio llegar el vehículo. Estaba sorprendida.

Le resultó extraño que un Maserati fuese tan excepcional para una mujer que había alquilado un restaurante como aquél sólo para ellos dos.

¿Nueva rica? Era una posibilidad.

Alex le abrió la puerta con caballerosidad y la cerró suavemente antes de rodear el vehículo para ocupar el asiento del conductor.

El motor ya estaba encendido, pero aun así pisó varias veces el acelerador con delicadeza, sólo por el placer de escucharlo rugir. Le encantaba aquel coche negro como la noche, que sonaba tan bien.

—¿Dónde deseas ir? —preguntó, mirando si había gasolina suficiente para llegar al fin del mundo si hacía falta. Era la primera vez que lo haría con gusto por una de sus mujeres. El depósito estaba lleno.

Salma dio un respingo. Estaba tan abrumada por él, por su olor en aquel habitáculo tan pequeño y por aquel coche que tanto le gustaba, aunque no se lo fuese a confesar, que la obvia pregunta la pilló por sorpresa. Alex volvió la cabeza para mirarla mientras enarcaba una ceja.

—¿Tu plan se acababa aquí o quieres que vayamos a algún sitio? —insistió pícaro.

Aún no quería abordar ningún tema sexual con ella. Se la veía más tímida de lo que aparentaba ser.

La verdad, era bastante incómodo hacer planes con una persona a la que no conoces de nada y ni siquiera sabes cómo es físicamente.

Además, no ayudaba saber que el final iba a ser el mismo sí o sí hiciera lo que hiciese, porque para eso lo contrataban: sexo.

—¿Te apetece una copa? —Intentó parecer tan segura como en el restaurante, pero estaba muy nerviosa. Si fallaba, todo se iría al traste.

—Sí, por supuesto —contestó en tono suave.

Estaba percatándose de sus dudas y si no confiaba en él no habría negocio.

—Vamos a la terraza The Roof, en el Hotel Me, ¿lo conoces?

Claro que lo conocía, era el hotel más de moda de la ciudad y Alex había estado allí unas cuantas veces con otras. Cuando empezaba el buen tiempo, la azotea se convertía en una de las coctelerías de moda de Madrid. Se estaba muy bien de noche en pleno verano y también por la tarde un día de primavera como el que estaban disfrutando.

Además de guapa y joven no se escondía y parecía no importarle que la vieran con él, aunque al saber que había alquilado el restaurante Alex había pensado todo lo contrario.

Asintió mientras aceleraba suavemente.

Salma no sabía qué más decir. Estaba en un coche, con un hombre medio desconocido al que había contratado para que estuviera con ella porque lo necesitaba, necesitaba su información; y resulta que era más sexy de lo que había esperado, tanto que no estaba segura de poder hacer lo que tenía que hacer...

Lo iba a estropear todo si no se tranquilizaba. Nunca había abandonado su profesionalidad durante un trabajo y esta vez, por mucho que la atrajera ese hombre, tampoco lo haría.

Alex observaba la inseguridad en ella cuando la carretera se lo permitía. Estaba nerviosa, incluso asustada en algunos momentos. Decidió que un poco de música suavizaría las cosas.

Conectó el equipo y comenzó a sonar *Fine China*, de Chris Brown. Le hizo gracia. En el videoclip, la pareja iba en un coche, igual que ellos ahora, sólo que era un Lamborghini Aventador rojo. Demasiado presuntuoso para él.

Inexplicablemente, se sentía muy cómodo con ella y hasta le dieron ganas de gritar, como hace Chris al principio del vídeo, pero se contuvo. Hacía tanto tiempo que no le sucedía que ya ni lo recordaba...

Salma escuchó la canción, una de las que le gustaban, y no pudo evitar tararearla en un susurro que deseaba que pasara desapercibido, pero la mirada de Alex le decía que de desapercibido nada de nada.

Él empezó a cantar más alto para que no se sintiera avergonzada y continuaron a coro con la canción. Sus voces encajaban perfectamente. Ella sonrió feliz, olvidándose por unos minutos de lo que había ido a hacer allí.

Alex estaba impresionado de cómo había funcionado la música. Al final, no sólo amansaba a las fieras, también había sido un bálsamo para aquella mujer que ahora disfrutaba cantando en su coche como si lo hiciese todos los días. Era increíble y algo que anotó mentalmente en la ficha que siempre fabricaba de cada clienta, aunque algo le decía que ella no iba a ser sólo una más... Él no se lo podía permitir. No era un buen momento.

Se detuvieron en un semáforo cerca de Cibeles y Alex no dudó en seguir el ritmo de la canción con el cuello y los hombros. Salma comprobó lo bien que se movía. Y no sólo eso, era perfecto, una distracción prohibida en su vida presente y con quien no iba a poder fingir si tenía que llegar hasta el final.

Alex aparcó en el parking de clientes del Me, intentando no pensar en todas las cosas que se le estaba ocurriendo hacer con aquella morena tímida que cantaba en su coche. Era raro, porque siempre pensaba en ellas como un negocio, pero con ésa le estaba costando.

Salió primero, para acudir con paso rápido a abrirle la puerta. La observó atentamente mientras salía del coche. Vestía de manera informal, igual que él, vaqueros pitillo negros ajustados, camiseta gris ceñida al cuerpo, pero con un escote amplio que hacía que le resbalara por el hombro, como le había pasado en el restaurante, y botines también grises con mucho tacón. Completaba el atuendo con

una cazadora de cuero negra y entallada que se estaba poniendo justo en ese momento.

Era una belleza y estaba seguro de que algo no iba bien, pero su instinto de supervivencia, ese que hacía algún tiempo tenía que tener activado las veinticuatro horas del día si quería seguir vivo, se estaba atrofiando con ella.

Salma esbozó una sonrisa abrumada. Ver a aquel tipo de más de metro noventa esperando a que saliera del coche con la sonrisa más pícara que había visto en su vida era como para que le diera un infarto, pero debía aparentar que ir del brazo de un hombre así, al que pagaba para que fuera con ella, era lo más habitual en su vida... Y se le estaba dando fatal.

Alex le apoyó la mano suavemente en la parte baja de la espalda para dirigirla al ascensor. Nunca lo había contratado una mujer tan tímida y luego se había exhibido con él. Normalmente, las de esa clase quedaban con él en su casa, o en algún hotel, por miedo a que alguien las viera y se les notara que estaban haciendo algo cuanto menos escandaloso, pero en ella todo era contradictorio.

Su instinto le decía que debía ser cauto, pero otra cosa era que lo consiguiera. Estar fuera de la primera línea de fuego tanto tiempo estaba anulando su sexto sentido.

Subieron a la azotea. Él sin apartar la vista de ella. Salma incapaz de mirarlo dos segundos seguidos sin pensar en lo que con toda seguridad iba a pasar al final de la cita.

Jamás en su vida le había pasado nada semejante y no sería porque no conociera hombres espectaculares, desde luego. Estaba rodeada de ellos todo el día, pues casi todos sus compañeros de trabajo lo eran, pero ninguno como él.

Debía concentrarse más de lo habitual. Era imprescindible.

Tomó aire.

—¿Te alojas aquí? —preguntó Alex, viendo cómo se ruborizaba en cuanto él abrió la boca para preguntar. Esbozó una sonrisa tranquilizadora, dejando a un lado su papel de *escort*. No quería asustarla, debía entretenerla hasta donde ella quisiera.

—Sí —contestó Salma, intentando ser tan valiente como acostumbraba. En comparación con lo que le tocaba hacer en otras ocasiones, aquello era un paseo.

—Es un hotel muy bonito y... caro —especuló Alex, deseando llegar a cielo abierto. Lo estaba agobiando un poco el ascensor. Aquella mujer olía demasiado bien.

Salma asintió. Sabía que el hotel era caro, quizá demasiado para lo que requería la ocasión, pero pensó que por el nivel de vida que Alex tenía y que ella había observado en sus vigilancias, estaría acostumbrado a eso y más.

Las puertas se abrieron y salieron a una gran terraza con sillones blancos y muebles de madera oscura al lado de la coctelería y al otro lado una piscina con tumbonas a juego con el resto del mobiliario. Él la dirigió hacia el lado del bar, donde la música sonaba suave, rozándole de nuevo la espalda.

Tomaron asiento en la zona más apartada. Alex pidió un gin-tonic con Tanqueray y Salma un mojito con fresas. No hablaron hasta que el camarero se marchó, después de servirles las copas.

—¿Estás segura de que quieres que esté aquí contigo? —preguntó Alex, incapaz de reprimir la curiosidad.

Ella no se comportaba como las otras y lo hacía sentirse inseguro y alerta.

Salma le sostuvo la mirada. Necesitaba cosas que aquel hombre tenía y por tanto quería que estuviese allí, aunque hubiese también otros factores, como la atracción que sentía por él, que iban a alterar su futuro con toda seguridad. Tenía suficientes tablas como para darse cuenta de ello e intentar evitarlo. Otra cosa era que lo consiguiera.

—Sí, quiero que estés aquí —contestó muy convincente. Tanto, que ella misma se sorprendió por el deseo que expresaba esa simple frase.

Alex asintió, recobrando la seguridad en él y, por tanto, desprendiendo toda la sensualidad que Dios y sus padres le habían dado, para hacer su trabajo lo mejor posible.

Además, tuvo la suerte de que la música cambiara y sonara la sensual *Da B Side*, de Da Brat, JD y The Notorius Big, de la banda sonora de una de sus películas favoritas, *Bad Boys*. Justo lo que él iba a ser en un segundo... un chico muy malo...

—Entonces debes saber que puedo hacer todo lo que tú quieras —continuó con su papel, mirando alrededor para confirmar que nadie los oía. Aun así, se acercó más a ella y bajó su tono de voz, ya de por sí sensual—. Dónde y cómo tú quieras.

Salma empezaba a sentir vértigo y notó una oleada de calor de los pies a la cabeza. Él estaba muy cerca, con sus labios prácticamente pegados al lóbulo de su oreja, y una especie de corriente eléctrica de una intensidad hasta entonces desconocida para ella la invadió. Aquel hombre hablaba de sexo sin mencionarlo, de tal forma que no se podía pensar en ello como si fuese pecado, ni aunque hubiese estado en un convento. Él *era* el pecado. Jamás en sus treinta y dos años, Salma había sentido lo que le había provocado de manera tan sencilla.

Por fin asintió. Estaba cardíaca, pero debía mantener la calma como si se tratase de un operativo más.

—Sólo tienes que decírmelo —prosiguió él, sin apartar la vista de aquellos ojos castaños que le devolvían la mirada más asustados que deseosos de lujuria y desenfreno. Decidió tranquilizarla—: O, por el contrario, si quieres, podemos tomar algo tranquilamente en esta terraza, ir a cenar o a bailar y después te acompañaré a la puerta del hotel como un caballero y me volveré a casa. —Se acercó de nuevo a ella para ponerla en tensión. Le encantaba ver cómo reaccionaba—. Te repito que sólo tienes que pedirlo.

El teléfono de Salma sonó, haciéndola saltar en el asiento. Alex se apartó educadamente para dejar que contestara. Sacó a su vez su móvil del bolsillo y miró que no tuviese ningún aviso para otro trabajo.

—¿Sí? —contestó Salma, sin quitar ojo de las manos de Alex y memorizando el recorrido de sus dedos. Necesitaba tener su código de acceso al teléfono antes de llevarlo a la cama. Una vez que estu-

viere entre él y el colchón, estaba segura de que no sería capaz de reaccionar.

—Señorita Ruiz, el tiempo se acaba. Tiene cuarenta y ocho horas para proporcionarnos la información, o ya sabe lo que ocurrirá. Buenas tardes.

Ella intentó mantener la compostura todo lo que pudo. Estaba entrenada para eso, pero en las circunstancias en las que se encontraba, de poco le servía el entrenamiento. La situación la sobrepasaba. A duras penas estaba siendo capaz de representar su papel con aquel hombre, aunque, por suerte, él todavía no se había dado cuenta del engaño.

—No estoy interesada —dijo a la línea de teléfono, ya vacía—. Adiós —fingió despedirse, y colgó.

—¿Publicidad? —preguntó Alex para retomar la conversación, mientras tocaba la pantalla de su móvil para quitar el volumen, dándole a entender a Salma que su disponibilidad para ella era absoluta.

—Sí —contestó con una sonrisa en los labios—. Sólo publicidad.